

REFLEXIONES sobre...

Abrazar a las niñas y a los niños

Cuando las maestras reflexionan sobre su acompañamiento a los niños y las niñas, se cuestionan a veces si es adecuado o no el hecho de mostrar los propios sentimientos con espontaneidad.

Y nosotras nos preguntamos: ¿vivimos y actuamos de forma espontánea junto a los niños/as? ¿Qué quiere decir "espontaneidad"? ¿Quizás quiere decir mostrar lo que siento y lo que me hacen sentir las criaturas, sin ningún tipo de filtro? ¿Tenemos en cuenta qué siente cada una cuando la abrazamos?

Hacer de maestra supone ser consciente de las propias vivencias y actuaciones, con el fin de construir la maestra que queremos ser. Esto nos hace estar a menudo conectadas interiormente, poniendo en cuestión nuestras actitudes y también los valores que las sustentan.

Escuchar llorar a una criatura nos puede remover internamente y nos predispone a atenderla de diferentes formas: responderle con palabras, buscando la mirada, acercándonos a ella, tocándola, cogiéndola, acariciándola; a veces, también podemos sentir el deseo de abrazarla para mostrar nuestro amor. En otros momentos, podemos mantener una actitud de desatención y no dar respuesta a su llanto o bien hacerlo con respuestas verbales, a veces triviales, que ignoran los sentimientos del niño, con frases como "no pasa nada...".

En cualquier caso, nuestra respuesta debe ser de manera profesional, basarse en un entendimiento sólido de las necesidades reales de los niños y las niñas, sin verse influenciada únicamente por las tradiciones, la cultura familiar o social, y las preocupaciones propias de las condiciones laborales adultas.

Por lo tanto, esta respuesta solo podrá ser espontánea si ha sido practicada desde nuestra profesionalidad con rigor y análisis previo.

El niño/a que se siente comprendido por nuestras palabras, poco a poco puede prever la respuesta que recibirá e irá desarrollando su capacidad de anticipar, fomentando así la confianza en sí mismo y en el adulto a su cargo, fortaleciendo así el vínculo entre ambos.

Fruto de esta respuesta seleccionada y cuidadosamente elaborada, podemos acoger al niño/a con mucha ternura, evitando dar respuestas arbitrarias o selectivas, influenciadas por nuestros propios sentimientos respecto a esa criatura en particular.

La imagen que aportamos de una maestra, abrazando a un niño o niña que llora, nos permite descubrir los matices de los que estamos hablando: la maestra se agacha para estar al total alcance de la criatura. Su espalda se mantiene bien de pie y las piernas le permiten un perfecto equilibrio.



Les 4

El niño o la niña pueden buscar el contacto cercano con la maestra, siguiendo el concepto de André Lapierre sobre "la fusión con el cuerpo del adulto", como una manera de satisfacer su necesidad de consuelo en ese momento de malestar.. Como se puede ver, puede hacerlo con la misma calidad como si estuviera en los brazos de la maestra.

Además, esta postura le permite al niño/a regular su necesidad de ser acogido/a y, por tanto, poco a poco se podrá alejar del cuerpo de la maestra en la medida que lo necesite. Además, ésta podrá percibir, por el tono muscular del niño/a cuál es la necesidad de la criatura, y así aflojar su abrazo, favoreciendo la autonomía del niño/a y su deseo. Esto permite que sea el niño/a quien decida cuándo y cómo separarse para volver al juego o a la actividad que le interese, en lugar de que sea la maestra quien lo deja.

Velar porque los niños y niñas puedan disfrutar de sus capacidades de autonomía, no es tan sencillo como parece. Es necesario haber adquirido una madurez a través de la propia autoobservación y autoconocimiento derivados de los numerosos momentos entre el niño/a y la maestra, y también por la reflexión compartida con el equipo que permite afinar nuestras actitudes e ir construyendo conjuntamente el proyecto pedagógico de la escuela.

Les 4, les4.rman@gmail.com